

## **Las posibilidades de la historia reciente para la comprensión del presente nacional.**

Reflexiones en torno a la *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner* de Marcos Novaro

Oswaldo Graciano  
CONICET-Universidad Nacional de Quilmes

El libro del sociólogo argentino Marcos Novaro *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, (Ensayo/Edhasa, 2006.), con su particular tesis de las posibilidades que para explicar y comprender el presente de la sociedad argentina encierra el estudio de su historia reciente, abre explícitamente el camino a la reflexión sobre la función teórica y social del estudio del pasado. Éste resulta un problema asumido de modo explícito por muchos historiadores y nunca se encuentra ausente de cualquier proyecto historiográfico. Más aún si se trata de los que tienen como centro explicar la historia argentina del siglo XX y en particular en momentos críticos como el del presente, cargado no sólo de interrogantes sobre sus problemas sociales, económicos y políticos y de las posibilidades de la sociedad para darles respuesta, sino también de su misma capacidad para hacer viable un nuevo proyecto de país en el marco de la democracia, con un sistema político e instituciones estables, capaces de procesar sus conflictos y de permitir un desarrollo social y político inclusivo e igualitarista.

La relación entre pasado y presente constituyó un rasgo de definición del trabajo del historiador desde su mismo origen y el abordaje del estudio del pasado inmediato, al que podríamos definir como la tarea de reconstrucción de la historia de la propia contemporaneidad social en que vivimos y actuamos, resultó siempre para los historiadores una cuestión problemática y cargada de conflictividad teórica y analítica, pero que formó y forma parte para la mayoría de ellos, de su voluntad intelectual de otorgarle a su oficio una función social que permitiese hacer comprensible el presente por el pasado. Como quería Marc Bloch, la tarea del historiador consiste en llevar adelante una aventura de conocimiento que posibilite tanto la explicación del pasado como del presente por el doble sentido solidario existente entre ambas dimensiones. (Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, 1949) La obra del “padre fundador” de la historia prefiguró también las dos dimensiones básicas que tensionaron permanentemente a este tipo de conocimiento social:

como una investigación de los hechos humanos del pasado relevante para la comprensión del presente.

Aún si se toma la misma constitución disciplinario - profesional de la historia a lo largo del siglo XIX, como un saber legitimante del surgimiento de los modernos estados nacionales europeos y americanos, se descubre también esa doble finalidad de su tarea intelectual: por un lado elaborar una narración de los orígenes y conformación de esas sociedades y, por otro, el objetivo de lograr que esa narración permita hacer inteligible el presente de esas mismas sociedades a sus miembros como parte de un destino colectivo común, resultado de la configuración singular de las acciones humanas de las generaciones anteriores que las integraron precediéndolos. El oficio del historiador quedó así legitimado esencialmente a una empresa de construcción de la historiografía nacional, desempeñando un doble papel ideológico: la de elaborar las historias del desarrollo político de su propio Estado- Nación brindando en ellas un relato legitimador de sus sociedades y la de contribuir a la formación cívica y política de sus miembros, generando identidades colectivas que formaran buenos ciudadanos y patriotas.

En un sentido amplio, Novaro incita a revalorizar la historia como un saber sobre la sociedad que recupere su utilidad ciudadana: “*La historia de un país es el arcón donde podemos encontrar respuestas a preguntas por la razón de ser y naturaleza de sus problemas, logros y posibilidades...*” (Op. Cit. p. 13). Y también, si no es factible encontrar en la explicación histórica las líneas de devenir sobre su futuro -como hubiera sido en épocas de mayor confianza y optimismo ideológico sobre la marcha del mundo, posibilitado por la vigencia de los grandes relatos ideológicos-, por lo menos que posibilite reflexionar sobre su propia realidad. Sin entrar a discutir el propósito ideológico-político que en la formación de los ciudadanos, esta finalidad social que puede desempeñar la reconstrucción del pasado de hacer inteligible el curso de una comunidad política, puede encontrarse en la concepción historiográfica de Bartolomé Mitre y de la Nueva Escuela Histórica. Aunque fue tal vez la del historiador José Luis Romero referida a la reconstrucción del pasado nacional y que ensaya en su libro *Las ideas políticas en Argentina* (1946), la que en la historiografía local planteó tempranamente y de modo explícito, requerirle a la historia la posibilidad de ayudar “*a la comprensión del presente histórico*” en otro momento crítico de su historia como fue el año ‘45 y sin dudas, más

audazmente, de lograr que ese ejercicio intelectual de reconstrucción del proceso histórico nacional le brindase a sus lectores una “*acerada visión del curso de la historia argentina, cuya proyección hacia el futuro ha querido vislumbrar el autor muchas veces...*”. (José Luis Romero, *La Ideas políticas en Argentina*, 1946).

Pero a diferencia de Romero, la singularidad del libro de Novaro reside en que su propuesta distingue y contrapone a la importancia de la exploración de la historia remota para explicar el presente, la posibilidad que en el mismo sentido abre la reconstrucción de la historia reciente, a la que identifica con el tiempo presente en el que vive el mismo historiador. Su estudio elabora así, un saber histórico capaz de explicar nuestra propia realidad como sociedad y su sentido debería ser a criterio del autor, permitir a los ciudadanos disponer de una pluralidad de versiones sobre nuestro pasado para su análisis y confrontación, con el fin no menor de construir una comunidad democrática, tolerante y abierta. Ésta sería la función social que el autor le atribuye a la historia (tanto reciente como remota) del país. Ensayo el autor entonces una nueva preceptiva para definir la utilidad social de la historia nacional: “*...de lo que trata el estudio de la historia, y su enseñanza, no es de construir una verdad única, definitiva y sellada contra toda opinión particular, sino de aprender a la vez de las experiencias y memorias propias y ajenas, poniéndolas en comunicación y en debate entre sí, de manera que ella misma sea una escuela de convivencia, tolerancia y mutua comprensión.*” (Op. Cit. p. 15).

Si su concepción de la historia enfatiza la pluralidad de imágenes sobre el pasado de una sociedad frente a visiones únicas y monolíticas, se precave a la vez de caer en versiones relativistas de ese pasado que justifiquen todas las visiones históricas como factibles de dar cuenta del pasado argentino. En esta línea, reivindica para las ciencias sociales su capacidad de ofrecer un conocimiento científico y riguroso sobre el mismo, ya que su elaboración resulta de un trabajo comprensivo crítico y riguroso de las distintas versiones del pasado, frente a las parciales versiones historiográficas de divulgación, caso paradigmático de la zaga del periodista Jorge Lanata *Argentinos. Desde Pedro de Mendoza hasta la Argentina del Centenario* (2002) y *Argentinos. Tomo 2. Siglo XX: desde Yrigoyen a la caída de De la Rúa* (2003).

Así también frente a otras que se deben a la pluma de escritores e historiadores que, cultivando una historia de divulgación, construyen versiones del pasado que esquematizan

las acciones de los actores sociales sin inscribirlas en la complejidad del proceso histórico y cayendo, cuando menos, en una estereotipada versión de una historia de tipo biográfica y episódica, en la que se contraponen héroes y villanos y que convierte al pasado en una versión muy empobrecida de las viejas historias de los grandes hombres y cuya finalidad principal no deja de ser la denuncia de esos villanos como responsables de nuestro presente. El ejemplo de este tipo de historias la constituyen los libros de Felipe Pigna *Los mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente* (2004) y *Los mitos de la historia argentina 2. De San Martín a "El granero del mundo"* (2005). Aunque resulta legítimo y compartible su programa historiográfico de una historia popular que resulte un instrumento para comprender el presente y planificar un futuro alternativo al legado por la última dictadura militar, la pericia historiográfica de Pigna se revela muy deficiente para brindar una historia compleja y totalizadora de las diversas dimensiones que integran el pasado nacional para lograr que sus libros concreten la eficacia política que sus caros objetivos le establecen.

Pero tampoco la historiografía profesional universitaria ha carecido de falencias y problemas para desempeñar la utilidad social que la sociedad le reclama a la historia: la de brindarle a sus ciudadanos una narración que sea a la vez un relato fundacional (un relato de los orígenes) que solidarice el pasado con el presente por medio de una explicación que haga inteligible su realidad contemporánea, al reconstruir el movimiento de esa sociedad en el pasado. Tal vez en esta definición no se pueda o deba incluir una demanda permanente hacia la historia, singular en épocas de tradiciones ideológicas totalizadoras y proyectos políticos revolucionarios: que sus enseñanzas le permitan reflexionar y vislumbrar el curso posible que esa comunidad nacional transitará en el futuro y a sus ciudadanos, asumir sus responsabilidades en intentar fortalecerlo o rectificarlo.

Ganados al esfuerzo de reconstrucción del campo disciplinar y a definir todo un nuevo programa historiográfico post dictadura militar, los historiadores académicos no lograron brindar obras generales sobre el proceso histórico nacional que dieran cuenta del papel del saber histórico en la sociedad antes indicado. Su esfuerzo se concentró esencialmente en una labor de especialización temática y de rigurosidad teórico-metodológica, volcada al diálogo exclusivamente al interior de la comunidad historiográfica. Pero esto no significa que el pasado inmediato no sea objeto de estudio, ya

que un rasgo singular de la configuración del campo historiográfico reciente, llevó también a que el mismo se convirtiera en objeto singular de su reconstrucción, como también de las ciencias sociales en general: los estudios sobre la historia de la experiencia política de los años '70, la dictadura militar y el terrorismo de Estado o el reciente curso de la restaurada democracia y sus gobiernos, difundidos a través de seminarios y jornadas académicas, revistas especializadas y colecciones editoriales, son claro ejemplo de compromiso intelectual y cívico de los universitarios con la tarea de hacer inteligible nuestro presente.<sup>1</sup> Pero son los sociólogos (Juan Carlos Portantiero, Ricardo Sidicaro), los filósofos y ensayistas (Horacio González, Nicolás Casullo), los economistas historiadores (Mario Rapoport, Pablo Gerchunoff) y los politólogos (Guillermo O' Donnell, Vicente Palermo, Marcelo Cavarozzi, Hugo Quiroga), quienes aventajan ampliamente a los historiadores en esta preocupación por brindar explicaciones sobre el curso reciente de nuestra historia.

Estos últimos aparecen así a la zaga en esta actitud amplia de los estudiosos sociales por dar cuenta del presente con sus trabajos. Una excepción en la senda de una historiografía con compromiso ciudadano explícito como la propuesta por Novaro (que viene a confirmar este argumento, más que a rectificarlo), se encuentra más tempranamente en la *Breve historia contemporánea de las Argentina* de Luis Alberto Romero (publicada originalmente en 1994 y en una nueva edición actualizada en 2001), en la cuál el autor traza el curso del proceso histórico argentino en el siglo XX, con la explícita intención de que el conocimiento de ese pasado de nuestra sociedad permita explicar su situación actual y buscar alternativas para “*construir una sociedad mejor*”.<sup>2</sup>

Aún si también existen diversos ensayos sobre la historia nacional que intentan transformarse en obras de referencia para un público más amplio y renovar nuestras visiones de la misma, convirtiéndose así en alternativas a la de los divulgadores sin oficio disciplinario, como las de la *Nueva Historia de la Nación Argentina* editada por la Academia Nacional de la Historia y la *Nueva Historia Argentina* dirigida por Juan Suriano,

---

<sup>1</sup>Es de destacar también el lugar que el análisis de la violencia política y en particular el terrorismo de Estado ocupa entre las preocupaciones del mundo universitario en general, como testimonian el libro de Hugo Vezzetti *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002) y en particular entre los sociólogos, que ha dado lugar a empresas colectivas como la dirigida por Elizabeth Jelin *Memorias de la Represión*.

<sup>2</sup>Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de las Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, Prefacio a la primera edición, página 13.

ellas no exceden en su circulación los ámbitos universitarios y tal vez algunos segmentos del profesorado y estudiantado terciario y medio. Aunque no puede dejar de señalarse que estas dos obras representan un esfuerzo de colaboración intelectual colectivo e interdisciplinario que brindan en muchos aspectos, renovadas imágenes de la historia argentina, exponiendo además nuevas claves explicativas del presente nacional. Suriano plantea explícitamente en la introducción del volumen que cierra la obra a su cargo, el reciente movimiento de los historiadores por comprometerse en dar cuenta del “*tiempo presente*”, involucramiento que responde a sumar también su aporte a la más temprana de los científicos sociales, como también en brindar una historia de nuestra realidad alternativa a la de los cultores de la divulgación. Pero al recorrer los trabajos que lo integran, se descubre en ellos más de una presencia que resulta “ajena” al campo historiográfico (como la de politólogos y sociólogos), justificada precisamente por su reconocida autoridad y versación en el estudio del período. Al contrario, en el conjunto de la colección, la presencia de los historiadores de profesión se hace gravitante en los volúmenes dedicados a los períodos anteriores al horizonte delimitado por los orígenes del peronismo.

El énfasis puesto aquí en marcar la escasa atención por el grueso de los historiadores del pasado reciente no pretende abrir una falsa querrela disciplinar sobre el legítimo territorio que debe “ocupar” cada especialista en su estudio de la sociedad (la condición interdisciplinaria del abordaje de la sociedad pretérita y contemporánea está ampliamente legitimado en el seno de las ciencias sociales), pero sí señalar el amplio consenso que existe entre todos los científicos sociales sobre la capacidad explicativa del saber histórico de nuestra realidad nacional y la paradoja que muestra el escaso número de historias debidas a la pluma de historiadores profesionales, que busquen encontrar explícitamente las claves explicativas de nuestro presente.<sup>3</sup>

Y es el análisis de la política, del proceso político nacional, el hilo privilegiado que puede ofrecer explicaciones globales y coherentes de nuestro reciente curso nacional, el que en gran medida fue relegado por la historiografía argentina, debido tanto a la dinámica de

---

<sup>3</sup>Otra excepción es el libro de Mirta Lobato y Juan Suriano *La protesta social en la Argentina* (2003), que resulta un excelente ensayo de explicación de la historia argentina entre 1880 y el 2001, que comprende nuestro curso nacional desde el prisma de las protestas sociales de los trabajadores, otorgándoles a las protestas populares en torno a la

especialización disciplinar como al hecho de considerar a la realidad política como un territorio “sospechoso” de parcialidad ideológica, por lo tanto imposibilitado de tratamiento científico. Si bien la historia de una sociedad se compone de dimensiones diversas (la económico-social, la política y la cultural), en nuestro pasado inmediato y en nuestro presente, la coyuntura política (constituida por los acontecimientos y debates públicos cotidianos, los cambios de elencos gobernantes, las políticas gubernamentales, los conflictos sociales y partidarios) aparece como el tiempo de nuestra realidad más gravitante para nuestra experiencia social como ciudadanos. De lo que se trata entonces, es de lograr que los historiadores logremos integrar nuestro presente como una variable de análisis de nuestro oficio, haciéndonos cargo de brindar a la sociedad explicaciones de su pasado más inmediato o remoto, que enriquezcan los análisis ya brindados por el resto de las ciencias sociales, para fortalecer un pensamiento crítico y reflexivo sobre el presente que incluya para lograrlo a la perspectiva histórica.

En este sentido, las colecciones colectivas antes referidas vienen a paliar en algo este déficit: en ellas se dedican un significativo espacio a reconstruir la historia política, social y económica del país en el siglo XX. Así, mientras en la de la Academia se le destinan cuatro volúmenes, en la dirigida por Suriano ese espacio se amplía a cinco. Pero deben remarcarse profundas diferencias entre ambas, ya que el proyecto historiográfico que sustenta a la *Nueva historia argentina*, se distingue por una atención privilegiada en la reconstrucción de la historia del país en el último medio siglo, (básicamente entre el peronismo “clásico” y nuestros días) y en particular al estudio de nuestro pasado entre la dictadura militar de 1976 y la caída del gobierno de la Alianza, mientras que el volumen que concluye la colección de la Academia, integra como última etapa de su reconstrucción al período de ese régimen militar.

El libro de Novaro verifica la hipótesis de que el pasado inmediato y por lo tanto político de nuestra sociedad interesa particularmente a las disciplinas sociales antes que a los historiadores, ya que el mismo es obra de un sociólogo cuyo territorio de especialización resultó el estudio del pasado político nacional y sus vicisitudes políticas en las últimas décadas, y que se demuestra en una serie de trabajos previos como *Política y*

---

caída del gobierno de la Alianza, una filiación en el pasado. Ejemplifica así un tipo de ejercicio historiográfico a emular.

*poder en el gobierno de Menen (1995) y La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática.* (2003, en colaboración con Vicente Palermo).

Su *Historia de la argentina* puede ser pensada como corolario de ese curso de estudios sobre la sociedad actual, sus problemas políticos y económico-sociales y en este sentido, su tesis central identifica al proyecto político desplegado por la dictadura militar iniciada en marzo de 1976, como un momento de “*desenlace de procesos más remotos*” y a la vez un “*punto de quiebre en la historia del país*”, por su propuesta de reforma brutal de la sociedad argentina surgida al calor de la industrialización sustitutiva y el peronismo histórico. Entre sus legados se cuentan el terrorismo de Estado cuya consecuencia fue la tortura y desaparición física de miles de ciudadanos, la desindustrialización sistemática, el endeudamiento externo, el empobrecimiento y exclusión social de amplios sectores sociales, la destrucción de la capacidad de gestión del Estado y una aventura militar fracasada.

¿Pero cuál es la estrategia analítica que propone específicamente el autor para reconstruir la historia de nuestra sociedad en el pasado inmediato? Si por un lado su reflexión sobre la misma no resulta más que una caracterización sobre sus rasgos definitorios (se trata básicamente de nuestro tiempo presente) y una valorización de su capacidad heurística para comprender nuestra realidad, una exploración particular del libro revela al lector un ordenamiento organizativo de la misma en dos dimensiones temporales diferentes pero articuladas. Primero la de un largo plazo que el autor identifica con el período que transcurre entre 1929 y 1969 (capítulo 1) en el que se generaron una serie de causas y factores estructurales determinantes para comprender el curso siguiente de la historia del país. Las dificultades para encontrar un modelo de desarrollo capitalista viable luego de la crisis del modelo agroexportador, una creciente conflictividad política y social ubicable también en la crisis del '30, el deterioro creciente del sistema político democrático - liberal para encontrar consensos y colaboración entre los partidos, el debilitamiento progresivo de la capacidad estatal para ejercer la autoridad, disciplinar a los actores sociales y administrar los conflictos sociales, la enajenación de las elites de cualquier compromiso con la democracia y su apuesta a defender la solución militar como garante del orden y de sus intereses económicos, son las cuestiones que a lo largo de esa etapa de cuarenta años, según Novaro, explican el significado político profundo del proyecto de reformulación

violenta del país desarrollado por los militares desde el '76. A su vez, los años '60 y primeros '70 resultaron los del clímax de agudización de esos problemas estructurales: de la inestabilidad económica y política, de los ensayos pretorianos fracasados, hasta llegar a la definitiva crisis y colonización del Estado por diversos grupos sociales y a la espiral de violencia política a partir del uso faccioso de la misma (tanto por grupos paramilitares de extrema derecha como de las organizaciones políticas de corte revolucionario) durante la agonía del gobierno peronista.

Segundo, a partir de identificar esos problemas estructurales el autor expone su reconstrucción del proceso histórico priorizando el análisis de un tiempo corto en el cuál se explican el fracaso de la experiencia democrática peronista para darle solución (capítulo 2) y que abrió el camino a la barbarie militar. El autor dedica así varios capítulos (del 3 al 5 inclusive) para explicar el Proceso de Reorganización Nacional, su política económica y su plan de represión sistemática que pusieran fin (aunque sin lograrlo plenamente) a un capitalismo industrial y mercado internista y a un Estado interventor y de compromiso social, para "*refundar la república*" sobre los cimientos de una sociedad y economía de mercado abierta, diseñada a partir del neoliberalismo y el terrorismo de Estado.

En sucesivos capítulos (5 al 7), el autor reconstruye las vicisitudes del proceso histórico que llevaron al agotamiento de la experiencia procesista, la transición democrática y la dificultosa construcción de un orden político plural y republicano durante el gobierno de Raúl Alfonsín, de la incapacidad de las sucesivas gestiones económicas de sus ministros por encontrar fórmulas que permitieran una reactivación de la economía y un crecimiento sostenido en el tiempo. Así también, el libro analiza de modo exhaustivo el debate en torno a los derechos humanos que se constituyó en un tema clave de la sociedad postdictadura y la política gubernamental de juzgamiento de las juntas militares por sus violaciones de los mismos.

En los capítulos 8 a 10, Novaro brinda una equilibrada y minuciosa reconstrucción de la experiencia política nacional a partir del agotamiento y crisis terminal del gobierno de Alfonsín que culminó con su renuncia, de la transformación del peronismo en partido de gobierno bajo el liderazgo de Carlos Menem, y de su conversión ideológica al neoliberalismo. Los años '90 son analizados en función del predominio político del nuevo presidente a lo largo de toda la década, de la política de privatizaciones y de los resultados

económicos y sociales del “Plan de Convertibilidad” de Domingo Cavallo, cuyas consecuencias estructurales fueron (ahora sí plenamente logradas) la completa liquidación del Estado empresario e intervencionista y la profundización del despliegue total de una economía de mercado abierta. Si el país creció y modernizó su estructura productiva en esos primeros años, su contracara fue de un costo social y económico gigantesco: altos índices de desempleo, pobreza y exclusión social, concentración del ingreso, privatización y desnacionalización de amplios sectores de la economía, marginación de regiones y áreas provinciales, concentración de poder económico en reducidos núcleos empresariales y financieros nacionales y extranjeros, astronómico endeudamiento externo, corrupción política y empresarial, problemas que se agudizaría aún más hacia finales de la década.

Por último, es la historia del agotamiento de la convertibilidad y del liderazgo menemista, del surgimiento de una alternativa política como la de la Alianza y su incapacidad para dar respuesta a la crisis terminal del modelo de sociedad neoliberal implantado en la década del fin de siglo, de las protestas populares, de la descomposición del régimen político y su reconstitución de la mano de Duhalde y Kirchner y la de un peronismo que recapturó el control del Estado en los albores del nuevo, la que narra finalmente el libro en su última parte (Op. Cit. Capítulos 11 y 12). En particular Novaro culmina su libro con un análisis del curso político del país a partir de la consolidación del liderazgo político del gobierno de Néstor Kirchner, evaluando sus estrategias políticas y sus políticas gubernamentales. Lo significativo allí resulta su evaluación de la capacidad transformista del peronismo en esta nueva coyuntura política del país, de su predominio en el sistema institucional y la impotencia de las opciones de izquierda o derecha por conformar alternativas mayoritarias a la de esa fuerza política y, no menos importante, con capacidad de gestionar con eficacia el Estado.

El rasgo particular a remarcar en la reconstrucción de la historia del país en los últimos 30 años que brinda el autor en sus doce capítulos, es que si bien la misma se estructuró a partir de la narración del proceso político, de sus vicisitudes acontecimentales y circunstanciales, ese proceso es complejizado con la permanente referencia al análisis del funcionamiento de su sistema político institucional y de los partidos políticos, del papel del Estado en la sociedad, de sus diversos actores sociales y corporativos y de sus clases sociales. Así también, la narración de la evolución política se reconstruye integrando las

dimensiones claves para comprenderlo en su totalidad: en sus páginas aparece una detallada evaluación de los actores económicos, de las políticas económicas y de los resultados económicos y sociales de su aplicación, brindando entonces argumentos que permiten comprender a ese proceso político y a sus protagonistas, en contextos económico-sociales complejos y ofreciendo también, un cuadro de las transformaciones generales que la Argentina experimentó como sociedad en su historia reciente.

Lejos de una conclusión complaciente o expectante sobre las dos décadas de funcionamiento del sistema democrático en el país y sobre su curso futuro, el argumento final de Novaro que funciona como cierre del libro, expone una evaluación particularmente negativa de su desenvolvimiento institucional desde su restauración, y al que los diversos actores sociales y políticos parecen no sólo aceptar y acomodarse resignadamente, sino reforzar con sus prácticas políticas, lo que demuestra también la persistencia de ciertos rasgos de nuestra cultura política facciosa. Así señala que no sólo *“el contexto casi crónico de emergencia en que debieron actuar los gobiernos democráticos durante las dos últimas décadas no fue precisamente el adecuado para permitir el avance de componentes cultural e institucionalmente más complejos y delicados de la república, que el de por sí significativo pero insuficiente acceso electoral al poder y ejercicio legal del mismo.”* Sino también *“por la persistencia en amplios sectores de la sociedad y las dirigencias de una cultura política facciosa y especulativa, y de preferencias muy favorables al ejercicio delegativo y personalista del poder.”* (Op. Cit. p. 310)

En conclusión, con su narración densa y compleja de nuestro pasado inmediato, que se inscribe asimismo en un proceso de largo plazo y que posee la voluntad de ofrecer una explicación totalizadora de la historia del país, este libro permite comprender el curso histórico presente de nuestra sociedad, la actuación de sus actores sociales y económicos, de sus líderes políticos y de su ciudadanía, sin derivar en maniqueísmos y manipulaciones arbitrarias de las mismas. A su vez y como quiere el autor, hará factible por su construcción crítica y plural del pasado, la comprensión también crítica y abierta del presente. Una narración del pasado así elaborada puede ser una historia ciudadana y militante, que hará posible a sus lectores, encontrar en su arcón las herramientas para construir una sociedad alternativa a la vigente.